

provisión de hierro especulario, que contiene un diez a veinte por ciento de manganeso con relación a la carga total del convertidor.

Se esparce por el aire una inmensa nube anaranjada, que atraviesa y se sobrepone con tono siniestro al vapor blanco de las descargas y al humo negro de las chimeneas.

Este es el último período, el período del resoplo, el *after blow* de los ingleses.

Todo queda hecho al llegar a este punto; en los flancos ya no es simple hierro fundido lo que corre, es acero, con espuma de escorias que sobrenada, como sobre las olas la corona de blancas espumas.

Tres minutos hace que un toque de campanilla ha dado aviso a los trabajadores: todos están en su puesto. Una pequeña locomotora ha colocado bajo el convertidor una vagoneta de palastro bien soldada.

El convertidor se inclina y por la boca vierte en la vagoneta su blanca escoria. Después de lo cual silba la locomotora y marcha... En otro tiempo iba a llevar fuera aquellas escorias inútiles y las acumulaba en altos montones que rodeaban la fábrica como un muro.

Sin embargo aquellos escombros, aquellos

restos encerraban en su masa hasta 15 y aun 18 por 100 de ácido fosfórico. No se podía abandonar aquello. Luego diré lo que hoy se hace de ellos.

Aquellos restos, colocados ordenadamente a lo largo en su forma de grandes cubos, se deshacen poco a poco por la acción del aire y de las lluvias, convirtiéndose en un polvo fino, gris, con reflejos violáceos. En este estado podían servir de abono muy rico, pues la proporción del fósforo que contenía era superior a la de los fosfatos naturales que suelen usarse. Pero para esto se requería largo tiempo, y mientras tanto se elevaba más y más la montaña que iban formando los escombros, cubriendo inútilmente terrenos enormes.

¿No se podía en seguida, inmediatamente, por un procedimiento cualquiera, transformar aquellas escorias, y el mismo día que las arrojaba el convertidor entregarlas a la agricultura?

Este fué por mucho tiempo el gran problema. Pronto se halló una solución; pero muy costosa. La solución verdaderamente práctica no se ha hallado hasta hace un año.

Las vagonetas llevan su escoria humeante a un gran cobertizo construido al efecto y las reparten a la entrada. A lo largo del cobertizo se ven seguidamente cubos de metal, norias y mo-

linos pulverizadores, y al otro extremo, a la salida, la escoria reducida a polvo y trasformada, es cargada en vagones de ferrocarril que le llevan lejos a los grandes centros agrícolas del país. De esta suerte proporciona la fábrica diariamente 120.000 kilogramos de fosfatos asimilables, útiles para el cultivo.

Así que marchan la locomotora y la vagoneta, la grúa del centro levanta ligeramente la bolsa de colada y la presenta al convertidor; éste se inclina y vierte como agua los 10.000 kilogramos de acero blanco. Después la bolsa gira y llena una por una las lingoteras.

El acero silba y brilla; pero al poco tiempo se enfría y se fija. Entonces acuden los obreros; funciona una nueva grúa; su cadena está armada de tenazas; éstas agarran una lingotera, y lingotera y lingote son elevados a cinco metros; luego se abren bruscamente las tenazas, cae la masa, y el lingote, rusiente aún y humeando, se desliza por el suelo.

Se le vuelve a coger, se le carga en un carrito y se le conduce al horno de recalentar. Cuando ha llegado a adquirir la temperatura deseada se le retira, se le vuelve a cargar y se le arroja entre los terribles cilindros de los laminadores;

pasa, y repasa, siempre rojo, siempre quemando, alargándose con estremecimientos y contorsiones convulsivas, y al poco rato sale al fin convertido en viguetas, en rails, en traviesas, en llantas, en barras, en todas las formas en que le utiliza la industria.

Y ni los laminadores, ni las grúas, ni las sierras ni ninguna de aquellos centenares de máquinas y aparatos se detienen; pues mientras esto se acaba, el segundo convertidor vomita su carga, y mientras éste se vacía, el primero, cargado de nuevo, bulle, hierve y ruge, y el tercero está allí recibiendo de una cuadrilla de obreros las reparaciones que exige su revestimiento deteriorado. Y luego, si es necesario, se cogerá a uno de los otros dos, para que pueda repararse. Las lingoteras no tienen tiempo de enfriarse, y un chorro de agua lanzado sobre ellas apresura su enfriamiento, y al recibirle gimen y silban, con inmensas nubes de vapor blanco que atraviesan las llamas y entre las cuales desaparecen como sombras los negros obreros.

Veintiséis cargas de fundición se hacen durante las doce horas del día y otras veintiséis durante las horas de la noche. Total, 52 cargas. Cada una es de 10.000 kilogramos. Salen, pues, de allí diariamente, si contáis bien, 520.000 kilogramos de acero.

¡Y qué fiebre! Porque al obrero no se le paga a jornal, sino a destajo. ¡El menor retraso le priva de ganancia! ¿Por qué monta en cólera ese contramaestre? ¡Ah! el jovencito obrero cuya mano de quince años regula los movimientos del convertidor, se ha distraído, ha tardado en manejar la palanca de las prensas... ¡Se han perdido diez segundos!

He dejado allá los laminadores sin describirlos. Son bien conocidos esos estrujadores implacables y con demasiada frecuencia sangrientos. Sin embargo, allá a la derecha, el tren número 7 me atraía con una emoción penetrante. No hay laminador que no tenga su historia sombría y sangre humana sobre sus aceros. Este, apenas instalado, reciente, del todo nuevo, brillante todavía, tiene la suya. Se había montado el año último este tren núm. 7, el más potente de la fábrica, y cuando ya estaba todo preparado, recibí del director técnico una sentida carta: «Le suplico a V., me decía en ella que ruegue por nosotros durante toda la semana próxima. Vamos a poner en marcha la nueva instalación; y jamás lo hago sin temor y angustia. Todos los cálculos humanos, todas las pru-

dencias humanas dejan siempre abierta la puerta a algún terrible accidente. ¡Pida V. a Dios que proteja a mis obreros!»

Tres días después, el martes, recibo otra carta desgarradora: «¡Ay! ¡lo presentía! Mi pobre jefe de los mecánicos...»

La atroz máquina había exigido un bautismo de sangre.

Toda la instalación estaba ya presta y el bravo mecánico sentíase orgulloso de ello: él la había dirigido y preparado con amante solicitud. La máquina del tren, magnífica, luciendo sus brillantes colores enteramente frescos, reflejando al sol sus bruñidos cobres, desarrollaba una fuerza de 2.500 caballos. Estaba ya con las calderas encendidas y el vapor formado, y no esperaba más que una orden. El mismo laminador con sus negros cilindros y fauces abiertas, se levantaba al lado mostrando su poder con su imponente masa. Delante los pisos de báscula con sus máquinas; arriba los gruesos tubos conductores de las prensas hidráulicas, todavía vacíos, esperaban las aguas del acumulador.

Todos los ingenieros estaban en su puesto, porque la hora era solemne. Un mecánico subjefe tenía la mano sobre la llave del vapor. Y el jefe de los mecánicos, de pie, con la mirada

fija y el corazón palpitante, tenía la suya sobre la compuerta de las aguas.

«Ea, pues, preguntó entonces el jefe dirigiéndose al Director, ¿se puede ir adelante?»

Y el Director volviéndose a los ingenieros dijo: «Yo no he advertido nada que no estuviera en su punto. ¿Y ustedes, señores?»

Todos unánimemente contestaron que no.

—«¿Y usted, mecánico?»

—Esté usted tranquilo, Señor, yo respondo.

—Pues bien, adelante.

—«Anda, bella,» gritó el bravo jefe con un gesto de mando hacia la máquina; su ayudante dió vuelta a la llave; el vapor mugió, y el enorme volante, majestuoso y solemne se puso en movimiento; al principio giró lentamente, luego, como orgulloso de su poder, apresuró su marcha pero sin sacudidas, y animándose en medio de su fuerza corrió y se precipitó.

¡Era un triunfo!

«¡Ahora venga agua!» exclamó el mecánico.

Y bajó la palanca de las compuertas.

Y las aguas llegaron, impulsadas por una presión de 28 atmósferas, se las oyó silbar, subían rápidas...

De repente un grito, un horrible grito se escapó de todos los pechos.

Un tubo recto había roto su cuello de ajuste

y se había lanzado a dos metros y dando vueltas alrededor de su codo... había vuelto a caer!... ¡Ah! ¡pobre mecánico!... él no lo vió... La masa le destrozó el craneo y esparció por el suelo sus sesos humeantes.

Dió el infeliz dos o tres boqueadas... Sus ojos se volvieron hacia el cielo; sus miembros se estremecieron algunos instantes en una suprema convulsión...

Estaba muerto. «La Bella» le había matado.

Los ingenieros, ayudados de algunos operarios, recogieron el cadáver ensangrentado, le cubrieron con una tela y le llevaron a la enfermería... Pues estas fábricas tienen su enfermería, y rara vez está desocupada. ¡Todos lloraban!

«¡Ah! ¡el oro que ganamos estará siempre manchado de sangre humana!»

Dos días después se hicieron solemnes exequias al cadáver mutilado. La fábrica no podía pararse, pero se había reducido al límite extremo la brigada de trabajadores. Y todos aquellos obreros, graves, silenciosos y tristes, acompañaron a su camarada. A la cabeza del fúnebre cortejo iba levantada en alto la cruz, después venía el clero; detrás los directores y los inge-

nieros de la fábrica y en seguida los obreros. Ni una voz turbaba el lúgubre canto de los salmos... Pero allí estaba la fábrica, muy cerca, y el vapor con sus sordos resoplidos parecía gemir, y el estruendo de las máquinas tenía yo no sé qué murmullo siniestro. Hubiérase dicho que todos aquellos ruidos cantaban a lo lejos como una marcha fúnebre, cuyos pasos marcaban los pilones al batir. Era preciso que el cortejo pasase delante. Las negras nubes de la humareda formaron como un dosel fúnebre sobre el ataúd... A lo largo de su ruta debía cruzar las vías férreas que enlazan la fábrica con la red del Estado... ¡Oh! ¡aquellas líneas férreas! ¡Cuántas veces había lanzado él por ellas sus rápidas locomotoras!... Pues bien, estas estaban allí. Y allí permanecieron todas a derecha e izquierda del camino, inmóviles, silbando tristemente, con un gran crespón en la chimenea. Allí estaban inmóviles, con sus maquinistas respetuosos y descubiertos, venían a saludar por último vez a aquel que tanto las había amado y que no había amado otra cosa que a ellas. Y cuando pasaba delante de ellas el cadáver de su amo... los grandes silbatos de alarma empezaron a silbar desgarradores, siniestros, con grito prolongado, con aullido de desesperación!...

Y hubo en todas las almas, en todas aquellas

almas de obreros, tan fuertes, tan templadas, pero tan tiernas, un estremecimiento que las sobrecogió, y en medio de las lágrimas se oyó como un misterioso gemido. Hubiérase dicho que el alma humana respondía a alguna alma invisible, que lloraba en aquellos gritos del acero y del bronce.

Rothe-Erde, Abril de 1889.

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

- TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI
Los perdones.—XLVII. *De la condición
de los obreros en la sociedad cristiana.*—
XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*
- TOMO XIII.—XLIX. *Solteronas.*—L. *A la fe por la
caridad.*—LI. *El lujo.*—LII. *Las misio-
nes belgas.*
- TOMO XV.—LVII.—*El Congo Belga.*—LVIII. *La
caridad personal.*—LIX. *Nuestros emi-
grantes.*—LX. *En la fábrica.*

Conferencias familiares.

(Científicas.)

- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nues-
tros insectos (1.ª parte).*—XXVII. *Nuestros
insectos (2.ª parte).*—XXVIII. *Nuestras
aves.*
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII.
El caballo y el asno.—XXXIX. *La vaca,
la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del
corral.*
- TOMO XIV.—LIII. *Glaciares y nieves.*—LIV. *Rayos
de sol.*—LV. *Espectroscopio y análisis es-
pectral.*—LVI. *Crímen ó locura.*

Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—
X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*
—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Se-
ñor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—
Entre el cielo y la tierra.

